

1993

### La problemática de la mujer hispanoamericana como reflejo del conflicto social: *No es tiempo para rosas* de Antonieta Madrid

Gloria da Cunha-Giabbai

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

#### Citas recomendadas

da Cunha-Giabbai, Gloria (Primavera 1993) "La problemática de la mujer hispanoamericana como reflejo del conflicto social: *No es tiempo para rosas* de Antonieta Madrid," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 37, Article 18.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss37/18>

This Creación: Poesía is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

**LA PROBLEMÁTICA DE LA MUJER HISPANOAMERICANA  
COMO REFLEJO DEL CONFLICTO SOCIAL:  
NO ES TIEMPO PARA ROSAS DE ANTONIETA MADRID**

**Gloria da Cunha-Giabbai**  
Georgia State University

**E**n su estudio sobre las narradoras hispanoamericanas, Gabriela Mora sostiene que a partir de la década del sesenta la temática de las obras escritas por mujeres comienza a diferenciarse de la de otros países occidentales. Esta diferenciación inicia lo que ella llama un “período nuevo” en la escritura femenina, paralelo al de los escritores, debido a que:

la revolución cubana, entre otros procesos, con el extraordinario despertar de una conciencia cada vez más lúcida sobre los problemas de la dependencia, afianzaron la obra de las escritoras en la huella inquisidora de los problemas políticos, sociales y económicos, rasgo caracterizador de la literatura latinoamericana. De este modo, en la narrativa de los sesenta la vida de la mujer formará parte de un contexto social general, sin énfasis especial en la condición femenina. (158)

Y más adelante aclara que:

Esto no significa que a las escritoras no les interese explorar la específica condición de la mujer. Al contrario, un número creciente de ellas se van preocupando de destacar el sitio desmenguado de su sexo como parte de la crítica al sistema social imperante que presentan en su obras. (160)

Es decir, la problemática de la mujer hispanoamericana aparece como otro aspecto y consecuencia del conflicto social. Ejemplos de estas afirmaciones que proporciona Mora son *Puebloamérica* de María Esther de Miguel, *Los Guerrilleros* de Iverna Codina, *El cruce del río* de Marta Lynch, *Indicios pánicos* de Cristina Peri Rossi, *Los salvadores de la patria* de Silvina Bullrich, *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos, *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro o *No es tiempo para rosas rojas* de Antonieta Madrid.

Mora también señala que muchos de los temas de estas novelas no son originales, puesto que ya habían sido tratados por escritoras en décadas anteriores y que la diferencia reside más bien en los novedosos procedimientos de elaboración. No obstante, creemos que, precisamente, en la reiteración de los temas se halla su valor ya que indica que el conflicto social, en el que se incluye la problemática de la mujer, aún no ha sido resuelto y, por lo tanto, es necesario seguir presentándolo y analizándolo a través de diversas perspectivas y procedimientos. Este es el caso de *No es tiempo para rosas rojas* (1975) de Antonieta Madrid. En esta novela, efectivamente, la autora da testimonio del conflicto social y político de la sociedad hispanoamericana actual a través de la problemática de la mujer. Sin embargo, creemos que *No es tiempo para rosas rojas* va más allá del testimonio y la denuncia. Su valor y novedad se hallan en la presentación de las causas del reiterado fracaso de la búsqueda de una solución para el conflicto femenino que refleja, por extensión, el del social. El cautivante estilo poético de la novela se muestra como el factor clave para que el lector se sienta atraído, inmerso y testigo de los hechos, comprenda profundamente las implicaciones de los mismos, reviva las emociones de los personajes, y acepte resignadamente ese desenlace.

Para un mejor estudio, *No es tiempo para rosas rojas* puede dividirse en dos etapas. En la primera, que denominamos de la esperanza, se revela que los personajes centrales toman conciencia de la caducidad de las estructuras sociales tradicionales existentes, la denuncian y buscan sustituirlas. La segunda etapa, la de la desesperanza, muestra que esa toma de conciencia no produjo una transformación interior en los seres, sino sólo una exterior, superficial, que no promovió cambios reales. Por lo tanto, se anuncia el irremediable fracaso y la permanencia del conflicto que se pretendía resolver.

El conflicto de la sociedad se presenta como resultado de la relación de dominación/opresión que mantienen los hombres. El mismo se refleja, como en cajas chinas, en el plano individual, el familiar y el social. La mujer representa al que sufre el efecto de la opresión, sea social, sea sexual, por parte del dominador, papel que tradicionalmente juega el hombre. De aquí que la perspectiva femenina, desde la cual se narra la novela, sea de capital importancia. No obstante, como la narradora, sin nombre y protagonista principal de la misma, pertenece a la clase pequeño-burguesa, se reafirma el efecto de la opresión femenina al no presentarse como único resultado de estructuras económicas.

La etapa de la esperanza consiste en la participación de los personajes principales de la novela en el movimiento guerrillero que mediante acciones subversivas, intenta reemplazar el deteriorado orden existente. A pesar de que los pilares en los que se sustenta, como el de la familia, se han ido destruyendo, la tarea del movimiento se presenta difícil, pero no por ello cejan en el empeño de cumplirla:

El teatro, la literatura, el arte todo tiene que estar dirigido al pueblo, tiene que proponerse el despertar de la conciencia colectiva; lo que pasa es que en este país todo hay que hacerlo con las uñas, pero, así y todo vamos, hay que acomodar este mamotreto a como de lugar, y si no, para qué estamos aquí sino para transformarlo todo ... y hablaban de cambios y revoluciones y de todas las medidas aplicables, ¡claro!, que estas condiciones no son las de Cuba, ni aquí tenemos un Fidel, pero ese surge. Los pueblos hacen los líderes... (25)

El entusiasmo por el movimiento revolucionario acapara toda la atención de los personajes masculinos, sus vidas giran entorno al mismo con la intención de perfeccionarlo y evitar la derrota:

Si no cambiamos las estrategias, nuestras guerrillas pueden fracasar, esto no es Cuba, esto es otra cosa, otra realidad donde no son aplicables los esquemas cubanos, nuestra situación es otra, bien diferente, hay que darle otro enfoque al problema, decía Armando y tú le contestabas que sí, que tenía razón, que evidentemente el problema aquí era bien diferente y que obviamente **tenían que cambiar las estrategias, o de lo contrario, irían directamente al fracaso** [Enfasis nuestro] (32)

La meta de este cambio se representa en la imagen ideal de un “nuevo-hombre” en el que se deben transformar todos, empezando por ellos mismos:

Nosotros éramos los iluminados galáxicos quienes estábamos en los albores de la Era de Acuario. Vendrán cambios y revoluciones, el amor y la fraternidad universal serán el denominador común para la humanidad. **El planeta Urano nos domina y él será el responsable de este nuevo mundo, de este nuevo-hombre** [Enfasis nuestro]. (69)

La desorganización familiar aparece como un claro ejemplo del derrumbe social y de la necesidad de cambios. El orden tradicional, en el cual la familia dependía de la figura dominante del padre, se ha roto. Esta ruptura se percibe en que ahora los miembros siguen habitando bajo el mismo techo pero cada uno vive y piensa en sí mismo, demostrando así la voluntad de liberarse de lo que consideraban la opresión paternal. Se hace evidente que el padre ha perdido su poder: “Allí también estaba papá, sentado en el diván, viendo tejer a la abuela. Papa miraba, miraba sin ver, ... papá siempre estaba distraído y apenas reparaba en nosotros, a menos que ocurriera algo grave” (52). La madre, por el contrario, parece querer recuperar velozmente los años de dependencia:

... mami le agarró fuerte con ese juego de canasta y no había día del mundo que mamá llegara antes de la una o dos de la madrugada y toda la casa en consternación, abuela y papá levantados esperando que se abriera esa puerta y no se acostaban hasta que mamá llegaba, lo más oronda, a veces hasta medio pelada, porque hasta le dio por la bebida, eso eran litros y litros de whisky y de anís y de ron, o de lo que fuera, que aparecían en los pipotes de la basura como

por arte de magia; y mami ya no le paraba a nada que no fuera licor o canasta. (52-53)

Los hijos, la narradora y su hermano Luis, también dan muestras de una independencia desenfrenada. Esta consiste, principalmente, en mentir a los padres acerca de sus verdaderas actividades diarias, en vez de estudiar, mentiras que no se detienen ni con el encarcelamiento de Luis (51-52). Por el contrario, se acentúan al comenzar a drogarse los dos, como señal de protesta por un orden de prohibiciones y obligaciones:

Y le fui cogiendo gusto a la yerba... Aquello era una maravilla, un oasis dentro de toda la dureza que nos rodeaba y no le parábamos a nada, ni a los regaños de la abuela, ni a la clases, ni a nada que no fuera aquella dicha que sentíamos cuando fumábamos y salíamos, bien fuertes contra los embates de la vida... (82)

Estas distorsionadas relaciones familiares revelan la profunda insatisfacción de los seres y la incapacidad actual para normalizarlas. A tal punto que la narradora sugiere que la tensa situación anterior era mejor:

Ahora con el viaje de mami, va a quedar más solo papá, pero la verdad es que para él es lo mismo, si apenas se hablan, ya casi ni discuten, ni pelean como antes, puro silencio, un gran silencio es lo que hay entre ellos, un gran silencio como un inmenso muro de piedra los separa tal vez para siempre. (64)

La insatisfacción que revela la narradora en el plano familiar se reitera en la denuncia de la opresión que sufre la mujer en el social. La mayoría de las mujeres son presentadas como caros objetos de placer sexual, exóticas, sensuales, siempre intentando atraer a los hombres y luego sometiendo a su voluntad. Como el hombre es el centro de sus vidas, todas son rivales porque se disputan la atención del mismo. Por lo tanto, la participación para entretener al elemento masculino se convierte en casi obligatoria para la mujer, aunque no la haga feliz como dice la narradora:

[Marlene] ... me invitará a ir a la playa, o a la Colonia Tovar con unos amigos, con un grupo chévere. Siempre con un grupo chévere, siempre distintos los grupos, pero a la larga eran todos iguales y a mí me daba lo mismo, ir o no ir, con los tales grupos, ya me sabía de memoria esos lugares y lo que pasaba con el grupo. Todos eran iguales, todos querían de una lo mismo, ya sabes, tocarte y besarte y todo lo demás que una permitiera y después, chao, nos vemos en el grupo. (42)

No obstante, la mujer que no tiene un hombre a su lado tampoco parece satisfecha. Este es el caso de la tía Consuelo que se la muestra egoísta, tacaña, amargada (90). Pero ni aún el papel de esposa y madre parece convencer a la narradora. Su propia madre, como esposa revela el fracaso para mantener una

relación armoniosa y, ser madre ya no significa cuidado y protección, sino hastío y abandono, que se refleja, por ejemplo, en estas reflexiones: "lo que es mami ya ni llama ni se da cuenta de nada" (64), o "total, nuestras madres ya se cansaron de averiguarnos la vida" (84).

La inexistencia de una opción que permita la plenitud de la mujer, representante de la mayoría oprimida de la sociedad, justifica la búsqueda de un cambio. La narradora intenta hallarlo a partir de la relación de amor verdadero con Daniel. El primer paso que da hacia la liberación de la opresión es desprenderse de la dominación familiar y social: "Me sentía de verdad transportada al quinto cielo... y no me importaba llegar a casa esta madrugada, ya era hora de que fuera pensando en mi vida como algo que me pertenecía, ya era hora de sacudirme de todos esos yugos..." (42). Y la represión sexual es otro de los yugos que decide romper:

Yo te dije que estaba bien que durmiéramos, que no había problema y la verdad era que no tenía por qué hacerme la mojiganga, al fin ya era hora de que fuera siendo sincera conmigo misma, ... no tenía por qué reprimirme más, no tenía por qué frenar mis sentimientos... (47)

En la relación con Daniel, la narradora centra su esperanza de cambios futuros. Su meta se halla en realizar el ideal de una unión distinta, la de una "nueva-pareja": "Se trataba de algo mucho más sencillo, pero tal vez más pretencioso, y era como inventar una nueva forma de vivir, **un nuevo modelo de pareja humana**, mucho más natural" [Énfasis nuestro] (98).

A pesar de la toma de conciencia de los graves problemas políticos, sociales, sexuales y familiares, se advierte claramente el fracaso a que están condenados los esfuerzos de los personajes. Y los hechos de la novela entran en la etapa de la desesperanza. La razón fundamental para la misma es que los seres en su interior no se transformaron, sólo adoptaron una máscara de cambio. Por dentro continuaron siendo los mismos de antes. En primer lugar, se observa que el movimiento guerrillero está comandado por hombres de la clase burguesa e intentan hacer la revolución **por** los oprimidos pero **sin** permitir la participación de éstos en las decisiones:

esa presencia humana que escribe y despacha desde la carpa, como si esta fuera el computer center, como si su cabeza fuera la gran computadora infalible, inoxidable, de cuyas segregaciones depende el cabal cumplimiento de esa tarea arrechísima que se llama el futuro de nuestros pobres-pueblos-colonizados-marginales que actualmente están pasando por dislocados estadios socio-económicos, por amorfos procesos políticos y de cuya alquimia tiene que emanar ese Hombre-nuevo... (126)

La ansiada revolución comienza a verse como una pseudo-revolución en la que sólo se invierte el centro del poder. Los dirigentes revolucionarios se están convirtiendo en los nuevos dominadores porque su orden se apoya en la fuerza y el miedo:

Habían decidido. Ellos, los grandes, habían decidido. El gran venerable piache había decidido junto con la cofradía de los poderosos, de los que tenían que decidir lo que había que hacer. Habían optado por el fusilamiento. Así se sentaba un precedente, se aplicaba la ley, serviría de escarmiento y pondría las cosas en su debido lugar. (118)

En segundo lugar, los oprimidos se dan cuenta de que el Hombre-nuevo no puede surgir de este orden revolucionario porque también se les presenta injusto, inhumano, incapaz de perdonar un error: “jamás podría concebir tal barbaridad, se trataba de la vida de alguien y seguía creyendo que aquello era sagrado” (120). De aquí que, con miedo, presientan que su posición de oprimidos no ha variado: “ya no cuentas para nada, para nada que no sea ser una pieza más del ajedrez, para nada que no sea servir para esto, o aquello, servir, ser útil una ficha útil, ser capitalizable” (125-26). Entonces, no sorprende que los resultados obtenidos hasta ahora por el movimiento hayan sido sólo la muerte de Rosarito, la de Goyo, la prisión de Tulio o el fusilamiento de Arístides, ni que para la narradora, Daniel represente la imagen de fracaso. Al principio ella se había sentido atraída por la meta de sus actividades: “la verdad que debía ser interesante esa vida, eso de vivir plenamente dos realidades tan diferentes y que se volvieran una sola dentro de tu cabeza” (146). Una de ellas era la del ideal a alcanzar: “decías que tú eras el Simón Bolívar de este siglo y que a tí te correspondía libertar a este continente del yugo del imperialismo ... porque tú eras un ser superior, un genio; porque ibas a ser el Ché de Venezuela” (148-49). Sin embargo, ahora ella comprueba que no llegará a serlo, porque no se ha transformado ya que siguen existiendo dos Danieles: “daniel, muñeco de piel-y-huesos; daniel, dignísimo ejemplo del siglo-veinte; daniel, calcomanía de hombre-nuevo incrustada en el hombre-viejo” (122).

El fracaso de la búsqueda de un nuevo orden mediante acciones guerrilleras también se anticipa al comprobarse que la posición de la mujer, representante de los oprimidos, no ha sufrido alteraciones, sólo se ha cubierto con una fachada de cambio. Dentro del movimiento, sigue realizando “tarefías” insignificantes (21-22, 101-102), y los hombres siguen siendo los encargados de la organización y dirección de la vida:

Calladamente los miraba mientras **ustedes hablaban de la revolución** con gran propiedad y yo callaba y pensaba que yo también podía hablar de todo eso, pero **prefería callar**, prefería estar callada y me ponía a pensar en que yo también militaba en una cédula de la facultad, que yo también militaba, en la

**base del partido.** No había forma de salir de la base, siempre en la base, siempre contra el suelo, pegada a la tierra [Enfasis nuestro]. (21)

En la relación de la narradora con Daniel se refleja también el fracaso de la aspiración de cambio. Algunos indicadores son: que ella decida sola y se haga el aborto, con la ayuda y el apoyo de una amiga (129-30), porque él tiene tiempo sólo para la revolución y no quiere ser molestado (113); que siempre la presente como una camarada más (106); que no revele intenciones de pedir el divorcio ni de sacudirse del mando de su esposa (105); que él llegue a dudar de que el hijo que esperaba sea suyo (114) o que le haya pegado en un ataque de celos (176). Es decir, la narradora toma conciencia de que la situación actual de la mujer, a partir de la propia, no difiere de la del orden anterior. Por lo tanto no se entusiasma cuando Daniel sugiere formalizar sus relaciones porque no cree que sea por amor hacia ella sino para dar el ejemplo a otros, ejemplaridad que no le cree capaz de proporcionarla. Más bien este matrimonio resultaría como el de su madre o el de su amiga Vicky: "la pobre Vicky, con Tulio preso, o si no, viajando, o huyendo, o con una fuga de por medio, total que la pobre Vicky se había pasado casi toda su vida solita, siempre esperando a Tulio, o una llamada de Tulio, o una carta o una noticia, aunque fuera, sobre Tulio. Casi siempre sola con Errestico o Maricita, y con la muchacha de servicio" (99).

De manera que la narradora tiene múltiples razones para sentirse pesimista con el futuro que augura la revolución. La sociedad entera habla de cambios pero, de hecho, no se registra ninguno. Todo sigue igual y es muy difícil la vida para los oprimidos, los de la "base de la pirámide," como la mujer:

[Bárbara] Qué va a venir a almorzar, pienso, esa se va a la Cigogne, o al lingnam con el director, tiene que trabajarlo bien, si no se le cae el viaje a Europa, y el ascenso. Cada uno tiene que luchar por su asuntico, cada uno tiene que vigilar el suyo... (179)

Basta con enchufarte bien, y ya está, no hay que hacer más nada, sino dejarse llevar por la corriente como un camaroncito dócil, dormidito. (135)

La narradora rechaza tanto el orden existente como el buscado por el movimiento por considerarlos falsos ya que siempre prima el individualismo, el interés, el dominio de unos por otros. Estas formas de vida, que se presentan como las únicas opciones de la misma, en realidad resultan iguales, y, al oponerse a ellas, rechaza la vida:

Un inmenso asco me envolvía y era la gran náusea que revolvía mis entrañas; y era el asco de las ideologías, de las teorías todas, de la maquinaria, de los líderes, de los gurús y de toda esa payasada; y unas grandes ansias me invadían y eran las ansias por una verdad bien grande, por una verdad sin caricaturas, por una verdad sin ías, ni ismos, una verdad que fuera mía. (183)



Esta verdad propia es el deseo que siempre le han negado, de poder elegir, sin tener que continuar aceptando decisiones ajenas, que es característica de los oprimidos. Y lo único que le está permitido hacer es la elección del momento de su muerte (184).

La forma de *No es tiempo para rosas rojas* es el instrumento clave para que el lector participe y comprenda el profundo alcance de los hechos narrados y acepte, como posible, el desenlace. Por un lado, la desorganización de la sociedad está representada por la desorganización temática de los capítulos, a veces muy breves, que saltan continuamente del pasado al presente, sin continuidad histórica lógica. No obstante, este caos real se lo oculta tras una máscara de orden dada por la numeración de los mismos. El cambio de temas y tiempo se reafirma con el de los variadísimos lugares en los que se desarrolla la acción. Pero también se advierte que nada se transforma, que también es una fachada que cubre lo inmutable. Por otro lado, el cautivante lenguaje ayuda maravillosamente a registrar un gran movimiento que contrasta con el estatismo de las estructuras sociales. Ese movimiento se transmite, principalmente, mediante la acumulación de infinitivos y gerundios, que reflejan una intensa actividad que se reafirma con enumeraciones y repeticiones.

nos sonreíamos con complicidad, Armando y yo nos sonreíamos sin reparar en la lluvia que como un suave manto de nilón caía sobre nuestras cabezas, nos sonreíamos Armando y yo sin reparar en la luna cabezona asomándose y volviéndose a esconder entre las nubes. La luna con su inmensa cara blanca asomándose, dibujándose, conformándose. Las nubes alejándose, la luna alumbrándonos y la guitarra lanzando unos gritos gordos que subían y bajaban... (103)

Seguirán amándose con el mundo entero, con la noche, con las estrellas, con las piedras, con el viento, descubiertos, liberados, fascinados, fuertes, reales, dispuestos a fundirse, a disolverse, a dislocarse, a reventarse, a vivir, a morir, a reír... (143)

Allí estaban nuestros cuerpos debajo de la ducha, el agua chorreando por nuestros cuerpos, el jabón resbalando sobre nuestros cuerpos tibios y un estremecimiento recorriéndome toda. (149)

La detallada descripción de hechos, a veces con una original adjetivación y comparación, colabora estrechamente para brindar el realismo que se desprende de toda la novela:

El pájaro de lata da la vuelta, se sacude, endereza las alas, las tiembla, pega la carrera. se manda a todo lo largo de la pista de despegue, se levanta, se eleva, da envionazos, se alza, se aleja sobre el mar, entre las nubes, penetra el cielo ya gris, se pierde... (9)

Un bulto se asoma, lo vemos, es un bulto que emerge de la oscuridad, un bulto que se mueve, un bulto que camina, un bulto que se acerca, un bulto que lleva los pantalones más oscuros que la nodre, un bulto con una camisa marrón; un bulto que dibuja una figura, una figura que se va vislumbrando, una figura que se perfila y son brazos y son piernas que se acercan y es una cabeza que se asoma y es la cabeza castaña de tulio y es tulio en persona que se acerca y es tulio quien llega y es Tulio quien se sienta... (14)

Pero este realismo de las imágenes contribuye a resaltar la estática realidad del oprimido social porque apunta principalmente a reproducir fielmente los movimientos físicos, revelando la ausencia de las necesarias transformaciones interiores de los hombres.

En conclusión, se puede afirmar que el análisis de la sociedad venezolana que realiza la narradora en *No es tiempo para rosas rojas*, desde la perspectiva femenina y de un modo confesional, permite obtener una nueva visión de la problemática social. Partiendo de la ya tantas veces denunciada estructura de dominación/opresión, que caracteriza las sociedades latinoamericanas, se revela que el fracaso de los movimientos que aspiran y buscan activamente un cambio, se debe a que el hombre no logra transformarse primero para transformar la sociedad después. Si el cambio es impuesto desde afuera también resulta otro ejercicio de dominación ya que sólo tiende a enmascarar con palabras la realidad de los hechos: el silencio que deben continuar guardando los oprimidos. Un ejemplo claro y en detalle es la problemática femenina que representa el irresoluble conflicto social. De manera que *No es tiempo para rosas rojas* no puede ser vista como una novela que sólo reitera la injusticia humana, sino como la que, con coraje y sinceridad, expone las causas de su perpetuación. Por eso, más que una novela de búsqueda, *No es tiempo para rosas rojas* es la novela de la desilusión.

#### BIBLIOGRAFIA CITADA

Madrid, Antonieta. *No es tiempo para rosas rojas*. (Caracas: Monte Avila, 1983).

Mora, Graciela y Karen S. Van Hooft, editoras. *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism*. (Ipsilanti: Bilingual Press/Editorial Bilingue, 1982).